

Para la hora del “Ángelus”.

Martes, 17/03/2020

Seguramente, Pedro no esperaba una respuesta tan rotunda, cuando pregunto a Jesús cuántas veces debía perdonar a su hermano. Dijo si hasta siete veces (el número siete significaba plenitud entre los semitas), esperando que Jesús dejaría la puerta abierta a algunas excepciones. Pero Jesús no dejó lugar a ninguna duda ni excepción: “hasta setenta veces siete”, le respondió, subrayando que, entre los suyos, el perdón ha de ser incondicional.

Es, sin duda, la exigencia del Evangelio que se nos hace más cuesta arriba. Y, sin embargo, el perdón es posible y sanador. Hace siete años, Zaza Urushadze, filmó “Mandarinas”, una dura y, al mismo tiempo, conmovedora película sobre la insensatez de hacer la guerra para alcanzar una quimérica independencia. La peripecia narrativa nos lleva de la mano, y casi sin darnos cuenta, a valorar el efecto sanador del perdón que se manifiesta al final del relato. Como ha dicho un crítico, “Mandarinas hace de las palabras, las frutas, el campo y la vejez los más efectivos antídotos para el odio”. El seguidor de Cristo tiene, además, un suplemento de motivación frente al odio, pues Jesús nos propone la referencia de la absoluta misericordia del Padre con cada uno de nosotros. E ilustra esta motivación con la parábola del siervo sin entrañas, al que se le perdonó una suma incalculable y, sin embargo, fue cicatero con la minucia que le debía su vecino. Quien quiera saber más, que lea el evangelio de este martes de la tercera semana de Cuaresma en el evangelio según san Mateo, 18, 21-35.

En estos días de incertidumbre por la pandemia, podemos ser tentados de buscar culpables: los chinos, que no avisaron a tiempo, o el hijo del vecino, que se fue de botellón. Y, aunque es cierto que el botellón no es lo más sano ni para el cuerpo ni para el espíritu, tampoco sirven de mucho esos ramalazos de odio que nos impiden perdonar de corazón, como nosotros hemos sido perdonados. Porque, ¿quién no ha hecho ninguna “tontería” en esta vida? Por eso, hoy os propongo rezar con la letra de este hermoso canto, que podéis escuchar a través de YouTube:

Vengo ante ti, mi Señor,
reconociendo mi culpa,
con la fe puesta en tu amor
que tú me das como a un hijo.
Te abro mi corazón y te ofrezco mi miseria,
despojado de mis cosas quiero llenarme de ti.

*Que tu Espíritu, Señor,
abrasc todo mi ser,
hazme dócil a tu voz,
transforma mi vida entera.*

Puesto en tus manos, Señor,
siento que soy pobre y débil,
mas tú me quieres así, yo te bendigo y te alabo.
Padre, en mi debilidad, tú me das la fortaleza,
amas al hombre sencillo, le das tu paz y perdón.